Los misioneros josefinos, su relación con los indígenas y la conformación de la región amazónica

Wilson Gutiérrez-Marín

SciELO Books / SciELO Livros / SciELO Libros

GUTIÉRREZ-MARÍN, W. Los misioneros josefinos, su relación con los indígenas y la conformación de la región amazónica. In: JUNCOSA BLASCO, J., and GARZÓN VERA, B., eds. *Misiones, pueblos indígenas y la conformación de la Región Amazónica: actores, tensiones y debates actuales* [online]. Quito: Editorial Abya-Yala, 2019, pp. 25-39. ISBN: 978-9978-10-494-1.
<https://doi.org/10.7476/9789978104941.0003>.

All the contents of this work, except where otherwise noted, is licensed under a [Creative Commons Attribution 4.0 International license](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

Todo o conteúdo deste trabalho, exceto quando houver ressalva, é publicado sob a licença [Creative Commons Atribuição 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

Todo el contenido de esta obra, excepto donde se indique lo contrario, está bajo licencia de la licencia [Creative Commons Reconocimiento 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

Los misioneros josefinos, su relación con los indígenas y la conformación de la región amazónica

*Wilson Gutiérrez-Marín*¹
wilsongutierrezmarin@hotmail.com

“Misionero: En la inmensidad de la selva... a lo largo de los caudalosos ríos amazónicos... en los valles profundos... en las empinadas cuestas, hay OVEJAS de un mismo rebaño... Esperan... TÚ las llevarás al mismo redil” (Spiller, 1974).

Misioneros entre los Quijos

Los indígenas Quijos, cultura habitada en la actual provincia de Napo, existieron entre los años 500 a.C. a 1600 d.C. Fueron sometidos como encomendados y reducidos como esclavos para trasladar cargas, tejer, sufrir humillaciones y malos tratos. Necesitaban, de urgencia, una mano hospitalaria. Los indígenas, cansados los vejámenes, reaccionaron en 1578-79 in-

1 Es doctor en Investigación y licenciado en Castellano y Literatura. Perteneció a la Academia Nacional de Historia del Ecuador como Miembro de Número y Correspondiente de la Academia Nariñense de Historia.

cendiando ciudades españolas como Ávila, Archidona y Baeza bajo el mando del cacique Jumandi. Sin embargo, los indígenas perdieron sus batallas y continuaron siendo esclavizados. Las visitas esporádicas de misioneros llegados desde Quito, en algo alivian sus tomentos.

El jesuita padre Rafael Ferrer seguramente encabeza la lista de los mártires de la evangelización del Amazonas por su prestancia y santidad. Entra a los Cofanes por primera vez en 1599 quizá por Pimampiro hasta Baeza y funda la floreciente cristiandad San Pedro de los Cofanes. Repite el ingreso en 1605. Su trabajo misional llega a territorio de los Omaguas, Encabellados y Abijiras. Incursiona por el río Napo para evangelizar a las tribus visitadas años antes. Por aquello sale de Quito en 1609 por Pifo a Baeza e ingresó a su antigua Misión de San Miguel encontrándola destruida. Regresando a Quito en 1611, al pasar por el puente del río Cofanes, los indígenas mueven los maderos para precipitar al padre sobre la corriente. Así murió el primer coloso de la evangelización jesuita, antes de ingresar la Compañía de Jesús en Mainas.

En 1632, el rey español, a petición del padre general de los jesuitas, extiende licencia para fundar las misiones del Amazonas. El 1673 los jesuitas deben retirarse de Archidona por la intransigencia de los encomenderos, quienes veían en los padres un obstáculo para su inhumana utilización a los indígenas. En 1768, 19 misioneros jesuitas son expulsados y obligados a regresar a Italia y Portugal. Desgraciadamente 162 padres jesuitas, formadores materialmente y espiritualmente de 152 pueblos, abandonan estas tierras. El 1866 el presidente García Moreno los trae de regreso. Fruto de calumnias ruines de los indígenas instigados por los blancos, son obligados a irse nuevamente. Una que otra campana fue enterrada en medio de la selva por indígenas cristianos; una de ellas fue traída por exploradores de San Francisco de Borja y cuelga en el parque central. En Tena, el convento fue convertido en casa de Gobernación.

Los indígenas son presa fácil de caucheros y buscadores de cascarilla. Centenares de yumbos fueron vendidos como animales en los mercados caucheros de Iquitos y Manaos.

En este periodo de ausencia evangelizadora, la Arquidiócesis enviaba eventualmente un misionero para administración del bautismo y el matrimonio.

Los padres josefinos

De Italia a Ecuador

En 1922 la congregación de los padres josefinos maduraba su apostolado en Turín, Italia. En el año 1904, en el pueblo africano de Hehuat, Bengasi, los josefinos crean un centro misional. El padre Jorge Rossi, último superior de esta misión, testificó en 1921 cómo el Gobierno ítalo-árabe expulsó a los misiones josefinos. Aquellos misioneros, en 1922 serían destinados al Vicariato Apostólico del Napo. El Consejo General de la Congregación, asentado de Roma, nombró como superior de la nueva misión al padre Emilio Cecco, piamontés, quien escogió al padre Jorge Rossi como compañero de esta empresa. Rossi logró despedirse de su padre a través de una conmovedora carta. Parten el 22 de abril de 1922 desde Génova en la nave Bologna y llegan a costas ecuatorianas el 24 de mayo como huéspedes de los padres franciscanos. Desde Guayaquil viajan en tren hacia Quito, siendo recibido por el Director de los salesianos y por Monseñor Manuel María Pólit Lasso, llegando a ser sus huéspedes en El Tejar.

Para ingresar al Napo viajan en tren hacia Ambato, de allí a Pelileo, luego en caballo a Baños cruzando los desfiladeros de los Andes, senderos empinados, altísimos taludes por un lado y hondos precipicios por el otro donde se descubre al río Patate, además de puentes inseguros y angostos. Parten el 23 de agosto dejando las casuchas de Baños, Ulba, Río Verde, Río Blanco, Río Negro; cruzando abismos de centenares de metros dirigidos hacia el río Pastaza. Descansan a la mitad del camino y al día siguiente arriban a Mera, descansan un día y prosiguen hacia Puyo. El 30 alcanzan el Anzu y lo navegan hacia Zatzayacu y a Puerto Napo. El 26 de septiembre emprenden viaje a Tena llegando el mismo día y se hospedan en el cuarto del gobernador.

Tena, capital de la provincia Napo-Pastaza, conformado por seis chozas de colonos parecía un gran desmonte, al frente una plaza rodeada por los ríos Tena y Pano. Los indígenas habitan en la selva. Los misioneros empiezan oficiándose de cocineros, sastres y carpinteros. Adaptan en iglesia la parte baja de la gobernación. Con el pasar de los días se expande su obra hacia Archidona con la celebración dominical de la misa, caminando por un horrible sendero. Aquel “chaquiñán”, como lo llamaban los indígenas, sigue hacia Cotundo, Urcusiqui, Cosanga, Baeza, Papallacta, Pifo y Quito. Estos y otros pueblos ubicados en las laderas del Sumaco como Ávila, Loreto, Payamino, Concepción, aún esperan la visita del Yaya Padre. Con la ayuda de los indígenas levantan capillas construidas de tablas y de paja. Más de mil son los bautizados durante el primer año. En Tena, junto a la habitación de los padres, se levanta una habitación para los enfermos y otra para dispensario médico, siendo aprovechado también por colonos los servicios y medicinas gratuitos. Además formaron un asilo para los indiecitos huérfanos.

El señor Bruno Fiallos, en Ambato dona terrenos a los padres josefinos, además de iglesia y casa en el sector La Loma.

En noviembre de 1922, desde Brasil se unen a la misión del Napo los hermanos Casimiro Peretti, quien trabaja con los indígenas en la selva y Carlos Arlunno, atiende el ganado y la chacra. En diciembre llega el hermano Hermenegildo Guerrini, experto en carpintería. En diciembre de 1923, desde Brasil se suma el hermano Santiago Orso.

Los misioneros josefinos toman la posta de los esforzados hijos de Loyola, de la Compañía de Jesús, en las selvas amazónicas.

En octubre de 1923, monseñor Emilio Cecco y el hermano Carlos Arlunno, regresan a la ciudad de Ambato con el objetivo de llevar una congregación femenina para ocuparse de la evangelización con las mujeres, la educación en escuelas y colegios a crearse, así como lavado de ropa y preparación en la cocina. Obtuvo el beneplácito de Sor María Azelia Farinea, Madre Superiora General, para que seis Madres Doroteas los

acompañasen. El 15 de mayo de 1924 llegan desde Roma a Napo, seguidas de los padres Carlos Verdoia y Pedro Savio. Con el pasar de los años las misioneras se extienden por Quito, San Rafael, Ambato y Guayaquil, sobresaliendo el trabajo de la superiora madre Pía Margarita Costa.

El Vicariato del Napo, encomendado a los padres josefinos en 1922, abarca también las Prefecturas Apostólicas de Sucumbíos (creada en 1924) y Aguarico (creada en 1954). Según crónicas dejadas por los padres jesuitas, el Vicariato de Napo limitaba al norte y noreste con la Diócesis de Pasto, en Colombia; al sureste con la Diócesis de Chachapoyas, Perú; al sur y suroeste con la Prefectura Apostólica de Canelos, siendo la línea divisoria en la parte alta del río Curaray hasta su confluencia con el río Villano, y desde este punto una línea recta hasta la Cordillera de Conambo y luego el río Tigre y todo su paso separa el Vicariato del Napo con la Prefectura Apostólica de Canelos; finalmente al oeste con la Arquidiócesis de Quito y la Diócesis de Ibarra. Esta inmensa zona tiene aproximadamente unos 70 000 km² y está cubierta totalmente de selva y poblada por indígenas semiselváticos en un aproximado de 9000. Carece de vías de comunicación carrozable y de herradura. Al ingresar por esas selvas, se debe caminar por las picas abiertas por los indígenas. Los misioneros arriesgan su vida en los caudalosos ríos. La única vía algo confortable es el río Napo, navegable desde su confluencia con el Misahuallí. Sin embargo, en 1922 no existía canoas a motor, solo a remos y palanca, de manera que para llegar al límite sureste de la Misión, es decir hasta la desembocadura del río Aguarico con el Napo —450 km desde Puerto Napo—, se utiliza ocho días, y entre veinte y treinta días si no existen inconvenientes. El P. Emilio Giannotti, teniente de artillería del ejército italiano en la primera guerra mundial, exploró estos territorios. Junto al padre José Longo partió desde Puerto Napo rumbo al Aguarico.

En 1924 los padres Giannotti y Rossi parten al Aguarico para visitar las haciendas de las riberas del Napo e incluso llegar hasta los terribles salvajes “Aucas”, sin embargo prefieren esperar hasta que la misión esté mejor organizada. El padre Gian-

notti fue encargado de elaborar los respectivos levantamientos topográficos por cuanto carecían de mapas y el padre Rossi, a través de su cámara, debería documentar el viaje a través de fotografías, aparte de la catequesis, administración del bautismo y matrimonio. Navegan hasta llegar a Rocafuerte, territorio peruano, de ahí surcan al aguarico cuidándose de los caimanes que abundan en los remansos de este río. En la hacienda La Libertad encuentran una familia cristiana, padre y madre fueron cristianizados por los jesuitas de Archidona. Tuvieron 18 hijos y 68 indígenas como trabajadores. Llegan al Alto Aguarico y visitan a los Cofanes, luego a los Enos y descienden a Puerto Asís, sobre el Putumayo. Retornan después de cuatro meses y 12 días de apostolado.

En 1925 el padre Giannotti viaja por los ríos Arajuno, Tálag, Tena y Msahuallí. Luego emprende viaje Tena-Quito a través del páramo de Guamaní, visitando Baeza, Papallacta y otros pueblos. Llegan a Baeza vadeando los ríos Cosanga y Bermejo y encuentra...

...unas pobres casas, una pequeña iglesia, un miserable convento, una cuantas vacas que pastan los potreros custodiados por humildes indígenas que se alegran de mi llegada; esto es la famosa ciudad de Baeza que, según refiere Federico González Suárez, en tiempo colonial contaba con 12 000 habitantes. (Spiller, 1974, p. 66)

Colgado al cable de una tarabita cruzó el río Quijos. Visita San Fermín y Cuyuja. Arriba a Papallacta, atraviesa el páramo de Huamaní ubicado a 4300 msnm., pasa Pifo, para finalmente arribar a Quito. Logra del gobierno una subvención de 2000 sucres anuales para la misión, ayuda duradera hasta 1930, año en que los josefinos renuncian a ella por no aceptan las condiciones indicadas por el Ministerio de Provisión Social y Oriente, como movilizarse en el oriente con el permiso respectivo de la autoridad civil.

Los viajes de los padres Giannotti y Rosi son documentados. Las fotos se hicieron llegar al Papa Pío XI y se prepararon diapositivas para proyecciones luminosas. El padre Giannotti

preparó mapas y dibujos topográficos que fueran utilizados por la Compañía Shell, en 1942. Por aquellos años, el P. Giannotti ascendió el volcán Sumaco acompañado de cuatro indígenas y de su brújula.

Los indígenas de la cuenca del Napo pertenecen a la tribu de los Yumbos, viven dispersos en la selva y a lo largo de los ríos. Para llegar a ellos, los misioneros deben caminar horas por senderos difíciles y fangosos y se hacen guiar por indígenas para no perderse en la selva. Llevan el altar portátil, víveres, medicina y vestimenta personal. El alimento de estos misioneros no siempre era el mejor. El Hno. Casimiro así lo afirma: “Nuestro alimento principal es la yuca, el plátano y un poco de arroz. Estamos privados de tantas cosas que abundan y se desperdician en otras partes. Podemos ganar méritos para el cielo”. (Spiller, 1974, p. 82)

El tambo

La jungla, los ríos torrentosos, las víboras, las fieras, los pantanos, los mosquitos entre ellos los zancudos y el anofeles, el agua contaminada, la falta de caminos carrozables y de herradura, han sido para el misionero josefino graves problemas en la difícil tarea de incorporar a la sociedad a los indígenas del Vicariato del Napo. Sin embargo, fueron otras las más graves dificultades que, con valentía y fe en la justicia de su causa, tuvieron que afrontar... (Spiller, 1974, p. 83)

Obstáculos

Cambio de vara. En 1922, en la zona del Napo había dos clases de indios: los indios y los deudores. Los primeros eran aquellos que no tenían ninguna cuenta pendiente. Eran llamados “Gobierno runas” porque en realidad estaban muy sujetos, casi esclavos a la autoridad civil. Se dividían en grupos denominados “montón” de acuerdo al recinto donde vivían. Cada “montón” tenía sus jefes: el alcalde, el guaynaro, el capitán, el teniente y

los justicias; estos últimos colaboraban con los alcaldes y los guaynaros en el gobierno del “montón”.

Las autoridades indios de Alcalde, Guaynaros, etc. no percibían sueldo alguno y permanecían un año en su cargo. Al expirar su mandato hacían una gran fiesta llamada “cambio de varas” en la que entregaban en presencia del Teniente Político, la vara, señal de mandato, al nuevo Alcalde y Guaynaros, quienes inmediatamente se dirigían al pueblo con arengas en las que repetían por varias veces las mismas frases que contenían siempre estos conceptos: “Yo tengo esta vara no por mi voluntad sino por imposición del Gobierno. Si yo os mando no es porque quiero sino porque así me lo han ordenado. Habéis oído? Debéis pues acatar mis mandatos porque esa es la voluntad del Gobierno...” Libando sin cansarse la chicha fuerte preparada por las mujeres del alcalde y guaynaros salientes, se terminaba la fiesta con una gran borrachera. La vara era un bastón de mando similar al usado por los presidentes y reyes; era de madera fina como la “puca cashpi” o el cedro, charolada y con puño de plata. Estas autoridades fueron suprimidas, más o menos, en 1945.

Los jueves y los domingos, todos los indios libres debían presentarse ante la autoridad civil que pasaba el “padrón”, nómina o lista de los hombres hábiles para el trabajo. Tenían la obligación de llevar víveres, yuca, plátano, con el fin de venderlos a los blancos de la plaza. Cuando algún colono deseaba contratar un indígena para que efectuara un trabajo o le acompañara en sus viajes, debía solicitarlo a la autoridad civil, en cuyas manos tenía que depositar el valor correspondiente del servicio pedido. A un particular le era terminantemente prohibido contratar directamente a un indígena para cualquier labor; todo debía tramitarse ante la autoridad. Era tarea de los indios libres mantener limpios y amplios los caminos Tena-Archidona-Baeza-Papallacta-Quito y la vía Zatzayacu-Gavilanes-Partidero-Guayusalona y Mera. Estos duros menesteres debían realizarlas sin recompensa alguna. Para la subsistencia durante los mismos llevaban consigo la chicha en “maitos” o paquetes, yuca tostada o algún pescado o carnes ahumadas. Portaban también su cobija y su machete. Los trabajos mencionados duraban semanas enteras y los infelices indios “libres” regresaban a sus casas físicamente destruidos, llagados.

Si algún indio se atrevía a eludir las órdenes impartidas por el Teniente o Jefe Político, era buscado por los celadores de la autoridad, arrojado al calabozo y puesto, en no pocas ocasiones, en el cepo que consistía en un tronco con dos huecos en los que debía introducir los pies para aprisionar los tobillos y quedar inmovilizado. La autoridad, de vez en cuando, concedía permiso a los indios libres para que salieran del pueblo; entonces se internaban en la selva, en sus “caru tambos”, vivienda lejana, por meses enteros a gozar pacíficamente y sin pesadillas, de la cacería y de la pesca. Esta era la inhumana situación de los indios “libres”.

Los “deudores”, como su nombre lo indica, eran aquellos que tenían deudas con algún patrón por haber recibido de él vestuario, víveres, enseres de cocina como ollas, platos, cucharas, faroles, debieron cancelar la cuenta trabajando en la cuenta de su patrón, ya que no le era permitido hacerlo con dinero; por tanto recibían mercancías de distinto género solo a trueque de trabajo. (Spiller, Maximiliano, 1974, pp. 83-84)

Los misioneros josefinos fueron apartando esta injusta situación inculcando en los centros educativos a los indígenas.

Los indígenas, hombres y mujeres, eran esclavos del alcohol, producto extraído del guíneo o de la yuca, trabajo encargado a la mujer, quien debía proveer a su marido de chicha o aguardiente. Elemento indispensable en las bodas: el padre de la novia entregaba a su hija a cambio de botellas y botellas de licor. Mientras más querida era la hija, más botellas exigía por ella. Centenares de personas bebían en las fiestas; cuando faltaba el licor casero, lo adquirían al estanco. Las autoridades del estado contentos los vendía, porque significaba mayores ingresos para pagar a los funcionarios. Los guarda estancos sorprendían a los indígenas destilando a escondidas, entonces procedían a romper las grandes ollas, apresaban a los culpables y los hacían trabajar limpiando la plaza pública. También ingerían ayahuasca y guanto. ¿Cómo reaccionaban los misioneros ante estas amenazas? Predicar y predicar, aunque sin provecho alguno.

A finales del año 1926 llegan a Ecuador dos misioneros más y seis madres doroteas. Las nuevas misioneras arriban a

Tena a mediados de 1927 guiados por su superiora Pía Margarita Costa, quienes se dedican a la catequesis y a la educación de las niñas en Archidona. Esta obra prosperó como escuela y colegio llegando a llamarse Sma. Virgen Inmaculada.

A comienzos de 1926 llegan a Tena los protestantes con la finalidad de estudiar la posibilidad de establecer una misión evangélica. Compran terrenos, construyen su casa, escuela, dormitorio para internos, y se dedican a difundir su religión entre los indígenas. En 1972 ingresan los episcopales. Para contrarrestar estas actividades, la misión josefina creó un nuevo centro misionero en la parroquia Puerto Murialdo, en 1973, en la confluencia del Suno con el Napo.

Monseñor Cecco, con autorización del antecesor del Gobernador, bautizó y bendijo matrimonios sin el requisito previo de la inscripción en el Registro Civil. El actual Gobernador no reconoce aquella facultad entregada al misionero; le multa con S/. 500,00 y le impone tres meses de prisión; sin embargo, fue exonerado de todo por el presidente de la república. Por desgracia la orden llegó cuando ya había cumplido la sentencia.

Trabajos de ingeniería

Los misioneros se las hacían también de científicos, ingenieros, arquitectos, albañiles. Con el liderazgo del hermano Cayetano Danzo, en 1927 inician en Tena los trabajos de instalación hidroeléctrica. La dinamo, a espaldas la trasladan de Mera a Tena. Los primeros focos se prenden en la selva el 24 de diciembre de 1929. Luego alumbran la plaza. El jefe político ordena a los moradores colocar un foco a la entrada de sus casas. Catorce focos para catorce casas iluminan la selva oriental.

Instalan un aserradero en Tena y la primera estación radiofónica en Ambato.

El hermano Danzo pide a Italia dos motores FIAT de automóvil e idea una lancha con motor de carro y hélice de aeroplano, medio deslizador, medio avión. Un hidrodeshlizador.

Con el aporte del mismo misionero, logran llevar el agua del río Misahuallí hasta la plaza de Archidona y en mayo de 1934 iluminan la incipiente población.

Por su parte, el hermano Sante Rebesco fue el inventor de las turbinas caseras que cuarenta años después seguían prestando alumbrado eléctrico en San Francisco de Borja, Colundo, Tálag, Arajuno y Ahuano.

Fabricó, además, el reloj de la catedral de Tena sin ayuda de material especial a más de una sierra y una lima. Su fama llega hasta Quito y el presidente Galo Plaza Lasso, en 1950 lo hizo llamar para que reparara el gran reloj ubicado frente a la plaza Grande traído desde Francia por el presidente Gabriel García Moreno y sin funcionamiento desde 1920 a pesar de los esfuerzos de famosos relojeros y mecánicos de la capital. El hermano Sante, luego de construir varias piezas perdidas, logra que el melodioso sonido de las campanas del Palacio de Gobierno volviera a sonar después de treinta años. El agradecimiento para el hermano consistió en un fuerte apretón de manos por parte del presidente y... nada más.

En 1936, con la llegada del camino de herradura desde Quito a Tena, y especialmente con el servicio aéreo inaugurado en 1949, las construcciones en madera de casas e iglesias las reemplazan por hormigón. El hermano Sante Rebesco diseña los planos, efectúa los cálculos y dirige las construcciones, logrando construir la catedral de Tena en 1945, la iglesia de Archidona en 1954 y la nueva catedral de Tena en 1961.

En 1961 bendicen la iglesia de Fátima, en 1967 la de San Rafael en el Valle de Los Chillos, en 1969 la de Ahuano, en 1972 la de San Francisco de Borja, en 1943 y 1972 la de Cuyuja, en 1973 de Arosemena Tola; además de las capillas en Arajuno, Tálag, Puerto Napo, Loreto, San José de Curaray, Santa Clara, Baeza, El Chaco.

En 1953 la Misión Josefina se empeña en construir pistas de aterrizaje para avionetas en Ahuano, Cotapino. Ávila, Loreto, San Francisco de Borja y Tálag. El capitán Gonzalo Ruales y la avioneta TAO sobrevuelan aquellas pistas. Los indígenas

se aterrorizan por el ruido y las mujeres, llenas de espanto, se agarraban de los árboles.

No podemos olvidarnos del padre Pedro Dal Maso y su incansable trabajo en el Valle del Quijos construyendo puentes colgantes con cables acerados llevados desde Quito a hombros por hilera de personas. A esto se suman sus plantas hidroeléctricas y la dirección en la construcción de iglesias.

En los años 50, el padre Juan Maschio construye en Baeza una planta hidroeléctrica para dotar de luz a la pequeña población, y en épocas navideñas diseña nacimientos con personajes en permanente movimiento.

La construcción abrió paso a la cultura y al progreso. En la misma época, el párroco padre Mario Canova, en las montañas de Baeza filmó películas al estilo del oeste americano y las llamó *Baeza, tierra de cow boys*, antes de ser llamado como decano en la naciente Universidad Católica de Guayaquil y de ser confesor personal del presidente John F. Kennedy.

Estas y muchas obras realizaron los misioneros josefinos sin descuidar la misión de evangelizar, predicar y administrar los sacramentos.

Incendio en la casa madre

En 1944 un rayo fulminante incendia la casa de los padres, construida de dos pisos por los hermanos Cayetano Danzo y Sante Rebesco. Desaparecieron archivo, biblioteca y pertenencias de los misioneros.

...algún mal intencionado pensó que era un merecido castigo para los Misioneros católicos y esperaba ver pronto la liquidación de toda la misión. Los Misioneros Josefinos, en cambio, estaban seguros de que se trataba de una prueba amorosa de parte de Dios y que Dios mismo reconstruiría su casa. (Spiller, 1974, p. 172)

Con apoyo de la prensa, del gobierno nacional, de la Arquidiócesis de Ibarra, de comités de apoyo, de la Cruz Roja, del

Municipio de Tena, el hermano Sante Rebesco dirigió la construcción de un gran edificio de dos plantas donde funcionó la emisora josefina La Voz del Napo.

Conformación de poblaciones y centros educativos

A su llegada a Tena, los padres no encuentran centros educativos. En seguida enseñan las primeras letras a los hijos de los colonos y a los indiecitos. En 1932 abren un internado para educar a los hijos de los colonos de Tena, Archidona, Puerto Napo y de la ribera. Junto al internado apertura otro con niños indígenas. En 1936, el gobierno del general Enríquez, la escuela San José se integra a la escuela Juan Montalvo, convirtiéndose en la primera institución fisco-misional.

En 1933 se extienden hacia Rocafuerte, construyendo allí tres grandes edificios destinados a casa, escuela e internado. Sin embargo, el mismo año llega una guarnición desde Quito y ocupa todas las construcciones alegando que el lugar era militarmente estratégico. Los padres levantan otra casa que también es ocupada por los militares con la misma excusa. No reconocieron los gastos efectuados por los misioneros y no abandonaron las casas de la Misión hasta 1941, cuando los peruanos conquistaron esta población. Este mismo año la Misión Josefina acepta el encargo gubernamental de crear un centro misional frente a la guarnición militar peruana de Yasuní. Llegan los padres al lugar, izan el tricolor patrio frente al bicolor peruano y dan inicio a la nueva ciudad que la llamarían Nuevo Rocafuerte. En seguida levantan una escuela-internado denominada Cabo Minacho. Llegó a residir allí el jefe político en una casa construida por moradores. Se estructuró la Junta Cantonal y en 1945 se creó el cantón Aguarico. En 1947 arribaron las madres Doroteas y crearon el dispensario médico.

En 1935 construyen en madera la casa parroquial de Co-tundo y en 1943 la iglesia, cambiando su fachada a cemento en 1952, sustituyéndolo en 1968 por el Santuario dedicado a la Virgen de El Quinche. También funcionó en esta población una

escuela de hombres, otra de mujeres y escuela de costura. Frente a estas construcciones se crea la parroquia Cotundo en 1966.

Además de múltiples instituciones educativas, la misión josefina también creó e impulsó el apareamiento de los hospitales José María Velasco Ibarra en Tena, Ernesto Ophuls en Santa Clara, Stadler Richter de Archidona, Corazón Inmaculado de María en Baeza, nuevo hospital de El Chaco y múltiples dispensarios médicos.

Resulta interesante conocer las palabras emitidas por Rucuyaya Alonso referente al comportamiento de los misioneros relacionado con su etnia:

...Los josefinos sabían querernos. A los indígenas llamaban solamente los domingos para oír misa. Si oían misa todos los domingos les regalaban alguna cosita, por ejemplo carne de res. A los que tenían bastantes huahuas les regalaban carne. Había también una tarea, y cuando terminaban de trabajar, ahí sí regalaban. Los curas no nos hablaban mal...

En Huagrayacu estaba un Padre que enseñaba a rezar. También, nos mandaba hacer como un cerro para que caiga el agua. A mí me llamaron para rezar allí. Yo ya tenía mujer y me fui para aprender a rezar y casarme con los padres. Eso hacíamos por una semana. Después de eso hacían una misa y hacían casar. Nos enseñaban a rezar en castellano y nos hacían casar. Nos enseñaban a rezar en castellano y nos hacían sentar en una sola mesa. De día nos hacían trabajar, el rezo era por la noche o en las comidas. La mujer, en cambio estaba donde las Madres. Como los curas tenían aserradero nos mandaban a Pano y teníamos que traer las trozas (tronco de árbol de medida especial, generalmente dos o tres metros) con la mujer y después las hacíamos subir por el río Tena. Luego que las tuvieron amontonadas comenzaron a hacer el canal hacia Tena. En esta época estaba un hermano Santi, un misionero a quien le encantaba trabajar en máquinas. Después nos hacía sacar tablas todo el día, de la mañana a la noche. Había un Padre que sabía hablar durísimo, era parecido al Padre Mario. Yo les decía que somos hechos de Dios, las rodillas, los codos, las coyunturas se doblaban. “Si Dios nos hubiera hecho rectitos no podríamos caminar”. Esto yo le decía porque el cura no quería recibir las

trozas irregulares. En Huagrayacu el primer Padre se llamaba Emilio Cecco, otro era el Padre Jorge, lo hicieron Monseñor y se murió en un vado del río. Algunos dicen que lo hicieron ahogar porque tenía amistad con los Evangélicos, pero la verdad es que en el río mismo murió. (Muratorio, 1998, p. 163)

Para culminar y guardando la inmensa distancia con la obra del Maestro manifestada en Juan 21,25, donde el evangelista indica que “Jesús hizo también otras muchas cosas. Si se escribieran una por una, creo que no habría lugar en el mundo para tantos libros”, yo, humildemente diría que estas y otras obras realizaron los padres josefinos sin descuidar la misión de evangelizar, predicar y administrar los sacramentos. Logran sentar el calor de la caridad cristiana, suman los pueblos indígenas a la civilización para establecer la integración de la Región Amazónica al convivir nacional.

Bibliografía

- Muratorio, B. (1998). *Rucuyaya Alonso y la historia social y económica del alto Napo, 1850-1950*. Quito: Abya-Yala.
- Parise, Mons. Julio (1999): *Historia de la Misión Josefina del Napo, 1974-1999*. Quito: Abya-Yala, primera edición.
- Spiller, M. Monseñor (1974). *Historia de la Misión Josefina del Napo*. Artes Gráficas.
- Porras Garcés. P. Pedro (2013), *Entre los yumbos del Napo, Anécdotas de Mons. Jorge Rossi*, Misión Josefina del Napo. Quito: Abya-Yala.